

Iván Illich. Certezas y decepciones

René Santoveña Arredondo

Cuando Braulio Hornedo (BH) me hizo el favor de invitarme a participar en la presentación de la Antología «Iván Illich. Un humanista radical.», acepté gustoso y acudí a presentar mis comentarios en la fecha, hora y lugar convenidos. Mi intervención tuvo como sustento un conjunto de notas que fui redactando, a partir de la lectura del prólogo escrito por BH, el cual ofrece una inspiradora introducción al pensamiento de Illich, así como una cuidadosa articulación de planteamientos conceptuales que destacan las razones por las cuales este "humanista radical" es más vigente que nunca, ahora que este mundo deformado se nos está cayendo a pedazos.

Ahora bien, después del evento, ignoraba que existía la pretensión de publicar las participaciones de dicho día en esta revista, así que no tuve el debido cuidado en guardar esa serie de notas, sobre cuya base fui formulando el conjunto de ideas ahí expuestas. De manera que, lo que aparecerá en seguida, es una exposición que, en parte, intenta seguir lo originalmente planteado - según lo que recuerdo ahí dije -, y de otra, pretende poner al día los motivos por los que recomiendo ampliamente la lectura de esta antología preparada por BH.

Si hubiese alguna fórmula que, en palabras del propio Illich, pudiese mostrar el periplo por él emprendido en su apasionante trayecto intelectual, ésta podría encontrarse en el inicio mismo del primer libro publicado por su autoría. Me refiero al prefacio de « Alternativas », el cual comienza con el siguiente texto:

Cada capítulo de este volumen registra un esfuerzo de mi parte por poner en duda la naturaleza de una certidumbre particular. De ahí que cada uno de ellos encare una decepción - la decepción incorporada a una de nuestras instituciones -. Las instituciones crean certezas y, cuando se las

toma en serio, las certezas amortecen el corazón y encadenan la imaginación (Illich, I. *Obras reunidas*, Vol. 1. 2006, FCE, p. 51)

Para quienes se apresten a iniciar la revisión de la obra de este genio austriaco, vale la pena no perder de vista cuatro de los términos que aparecen en el fragmento apenas citado: « poner en duda »; « certidumbre »; « decepción » e « instituciones ». Desde luego que la obra de Illich no queda reducida a estas cuatro nociones, pero sin duda alguna son una especie de impronta, un rasgo definitorio de lo que desembocará en una crítica devastadora a la modernidad y al orden establecido.

Es en torno a las convicciones extendidas en la sociedad hacia donde se dirigen los corrosivos cuestionamientos de Illich. La vida cotidiana de la mayor parte de las mujeres y hombres de hoy, con más sinsabores que alegrías, transcurre dentro de la órbita del esfuerzo por conseguir el sustento que asegure poder pagar el consumo de alimentos y servicios (agua, luz, renta, etc.) que hagan posible el día a día en el que terminó por convertirse la vida. El diseño de las sociedades actuales - que le es invisible a la gran mayoría - está hecho de tal modo que, para poder satisfacer sus necesidades, la gente requiere tener dinero para pagar lo que consume. Ya sea por normas y leyes, dispositivos culturales, o por coacción y segregación, los márgenes de espacios y capacidades autonómicas para hacer posible la satisfacción de las necesidades referidas queda constreñido a un muy reducido número de experiencias vitales. A diferencia de lo que ocurría en otras épocas, hace tres siglos por ejemplo - en las que la organización de la vida comunitaria prácticamente proveía de la mayor parte de los satisfactores a la población, en donde alimentarse, desplazarse, sanar y, particularmente, aprender surgían de las interacciones cotidianas y de las capacidades personales de los seres humanos -, ahora lo que predomina, a través de una enseñanza invisible y silenciosa encarnada en lo que se conoce como " currículum oculto ", es que para cualquier necesidad siempre habrá un producto o servicio en el mercado para satisfacerla.

En este horizonte de certidumbres arraigadas se verifica la vida de los seres humanos, los cuales una vez dejan de hacer uso de sus habilidades propias y capacidades personales, al quedar

inhabilitados para resolver lo que en otra época era cotidiano, se convirtieron en "consumidores". Es a partir de ese menosprecio de lo que son capaces de hacer por sí mismos (« desvalor », diría Illich), que se inculca todo el tiempo, lo que hace queden a merced del mercado.

En el imaginario colectivo, del que surgen nuestras concepciones de la realidad, las instituciones que conforman la sociedad ofrecen una promesa para resolver nuestras carencias y afecciones, anuncian una " tierra prometida " a la cual se puede arribar si se confía en dichas instituciones. (En la obra de este pensador, las instituciones que con mayor detalle pasan por el despiadado escrutinio al que serán sometidas, son la escuela, el hospital y la industria del transporte.) Sin embargo, las ilusiones que se albergan en nosotros, al parecer, quedan permanente pospuestas. La propia distribución de la riqueza y las condiciones de vida que dicha distribución acarrea en la sociedad, provocan que no todos tengan acceso o concluyan su escolarización; de manera semejante, quedan relegados de los servicios hospitalarios y de su complemento farmacéutico amplios sectores de la población; análogamente, la mayoría no tiene posibilidad de contar con su propio vehículo para desplazarse y, lo peor, el diseño de la urbe privilegia la circulación de los transportes en desmedro de la locomoción de los peatones. Para todos los que quedaron marginados de las promesas del progreso, la experiencia subjetiva es el de un anhelo frustrado. Para los "afortunados" que sí tuvieron oportunidad de "recibir" educación, servicios médicos y medicamentos y, por último, los que pudieron trasladarse en su propio vehículo, la experiencia es la de una insatisfacción continua. La escuela o no enseña o enseña mal; el medicamento y el hospital no curan del todo y, en ocasiones, provocan otras enfermedades; y los vehículos, además de "paralizar" los pies, implican prolongados lapsos de traslado, a velocidades que entorpecen la circulación. Lo referido puede aplicarse a otros fenómenos e instituciones, por ejemplo, los medios de comunicación masiva no comunican o desinforman. La tierra prometida se diluye en el horizonte.

Ahora bien, dentro de esta constelación de representaciones sociales que habitan el imaginario colectivo del ser humano

contemporáneo, sobresale un conglomerado constituido por la confianza devota en cuatro factores (educación, ciencia, tecnología y crecimiento) que, articulados virtuosamente, propician la más preciada de todas las creencias, aquella que de tan evidente no es puesta en duda, me refiero a la sacrosanta idea del "progreso". Es precisamente a este axioma indiscutible hacia donde apunta la punzante crítica de Iván Illich. Por eso sus planteamientos resultaban tan incómodos para los círculos científicos-tecnológicos, empresariales y educativos. Para tales círculos el progreso es uno de los componentes que, aunado al consumo, conforman la ecuación que nos llevaría a la "felicidad". Desde la óptica de Illich, muchos de los avances derivados de la ciencia y la tecnología desembocan en nuevos escollos para alcanzar el fin apetecido.

El entramado de textos que BH seleccionó para esta Antología dan cuenta de lo expuesto. Aquellos que, animados por la lectura de este volumen, se adentren en los recovecos de la bibliografía Illichiana, tendrán oportunidad de constatar un fenómeno paradójico de la historia humana. Tiene que ver con lo siguiente. De acuerdo a las circunstancias de cada época, el ser humano se ha valido de los materiales que se encuentran disponibles en su entorno para satisfacer sus necesidades. Haciendo uso de su ingenio y de la experiencia acumulada por quienes le antecedieron, aprovecha dichos materiales para - una vez los adapta o los transforma - convertirlos en medios con cuya ayuda alcance los diversos objetivos que se propone. La historia de nuestra especie está plagada de ejemplos que testimonian el empleo de tales invenciones, concretadas en medios de los que se sirve para su propio beneficio o el de la comunidad en la que vive. Los artefactos, instrumentos o dispositivos así producidos son considerados por Illich, genéricamente, como "herramientas". En esa clasificación caben desde un martillo o una rueda, hasta un molino de viento o una polea. Esas y otras herramientas, en un principio, se emplean para satisfacer una necesidad personal o para resolver un problema comunitario, no para obtener una ganancia. Digamos que su producción y utilización se ajustan a los ritmos propios de una economía que regula sus actividades para la consecución de la

subsistencia. Los productos y el intercambio de éstos se inscribe dentro de la órbita de los "valores de uso". El círculo es virtuoso.

Sin embargo, una serie de mutaciones progresivas, que es imposible describir aquí, operan una paulatina transmutación de los valores de uso en valores de cambio, y con ello la aparición de la acumulación originaria - para cuyo afianzamiento será condición el llamado por Illich « trabajo fantasma » - lo cual provocará que la relación entre el creador (el ser humano) y las creaturas (las herramientas) se invierta. Esto es, el creador se vuelve víctima de sus invenciones. De servirse de las herramientas pasa a servirles a ellas. Esta paradoja surge cuando el ritmo de producción y uso, tanto de las herramientas como de los productos que con ellas se generan, deja de ser el originario, es decir, el correspondiente a una economía orientada hacia la subsistencia. Al insertarse dentro de la escala de la producción en serie y masiva, propia de la sociedad industrial avanzada, los efectos contraproducentes (contraproductivos diría Illich) de esa nueva configuración económica se multiplican por doquier.

Los propósitos se desvirtúan y las sociedades se deforman. En el plano de esa crítica, BH coloca a este humanista radical a la altura de Carlos Marx. Estoy de acuerdo. Uno y otro develan las raíces de los "sin sentidos" que nos atraviesan, las contradicciones que caracterizan a las sociedades que organizan su vida a partir de la dominación que un sector minoritario de la población ejerce sobre la mayoría restante, y cómo, sin embargo, esa minoría consigue hacerle creer o aceptar a esa mayoría dominada la razonabilidad de tal circunstancia.

Al formular el paralelismo entre ambos pensadores, BH nos obsequia un enunciado que, en buena medida, condensa el esfuerzo crítico de Illich. Lo reproduzco: " (...) Illich puede demostrar cómo la mercancía se apropia de los ámbitos de comunidad y cómo engulle el ámbito vernáculo comunitario y lo transforma en trabajo fantasma." (Hornedo, B. *Antología Iván Illich. Un humanista radical*. 2016, Ediciones La llave, p. 10).

Un aspecto adicional que quisiera destacar es el relativo a sugerir que la obra de este insigne austriaco puede ser considerada dentro de

las coordenadas del llamado « pensamiento complejo ». Me parece que BH acierta al respecto. Es desde un esfuerzo ínter y transdisciplinario como este arqueólogo de las certidumbres consigue desentrañar la genealogía de nuestros atavismos y convicciones arraigadas. Esta Antología nos confirma la actualidad y pertinencia de quien nos invita a mirarnos en el "espejo del pasado" para comprender los despropósitos del presente. Es un enorme desafío, vale la pena encararlo.

René Santoveña Arredondo: Educador y psicólogo, estudioso de los fenómenos de la mente. Rector de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos (2001-2007). Nació en la Ciudad de México el 2 de diciembre de 1960. Lector atento de la obra de Iván Illich.